

Pueblo de Dios, nos equivoquemos y erremos, Dios está con nosotros, en su Iglesia.

Ante estas dificultades, que son evidentes a los ojos de todos, el Papa Francisco invitó a todos los católicos, en el mes de octubre, a recitar diariamente el Rosario durante ese mes, acabándolo con la invocación *Sub Tuum Praesidium*, y con la oración a San Miguel Arcángel. Y este sería un segundo aspecto fundamental: ofrecer oración y penitencia es un modo estupendo de amar más y más a la Iglesia y al Papa.

Usted está hablándonos mucho e instándonos a pedir luz para ver y fuerza para querer, ¿cómo podemos ayudar a canalizar el entusiasmo de los jóvenes y conducirlos a soñar alto?

Efectivamente, las Jornadas Mundiales de la Juventud son una demostración de la alegría que caracteriza a los jóvenes con ideales, una alegría que logran contagiar a toda la Iglesia. El Papa les animaba a transmitir ese entusiasmo con su famoso: «¡Hagan lío!». Es, por tanto, una cosa positiva.

Al mismo tiempo, cada joven necesitará ayuda para que estas jornadas en Panamá no queden como un acontecimiento aislado en sus vidas, sino que enciendan en cada uno el deseo de profundizar en el verdadero origen de esa alegría, que es Jesucristo. La vida ordinaria –con sus momentos buenos, menos buenos e indiferentes– puede parecer árida, un desierto para quien solo enciende su fe en momentos de en-

tusiasmo. En cambio, san Josemaría nos recuerda que: «Allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo».

Los jóvenes viven sus vidas con mucha intensidad, por eso a veces pueden encontrar dificultades para «ver» a Cristo que les acompaña. Un consejo sencillo y práctico puede ser que lean cada día el Evangelio unos minutos. Si no tienen esa costumbre, pueden empezar con el Evangelio de san Marcos, que es breve y directo. Esos minutos pueden tener un gran efecto en su vida.

*Dejarse
sorprender por un
Padre bueno,
artículo en
Avvenire, Italia, y
La Razón, España
(26-I-2019)*

Al ver el cielo, obra de tus manos, la luna y las estrellas que has creado: «¿qué es el hombre para que pienses en él, el ser humano para que lo cuides?» (Sal 8,4-5). Estas palabras del salmista reflejan la profundidad del asombro que se despierta en el alma cuando una persona contempla la inmensidad del universo, y al mismo tiempo descubre que, a pesar de su propia pequeñez, es amada incondicionalmente por Dios como es, por sí misma.

Sin embargo, a veces quizás tengamos la sensación de que esta experiencia de plenitud es admirable, bonita, pero inalcanzable. Tenemos la impresión, de la que nos prevenía san Josemaría, de que Dios se encuentra allá lejos, donde brillan las estrellas, y no realmente cerca de nosotros, que nos vemos sumergidos en la vorágine de la vida, repleta de ocupaciones, proyectos, cosas para hacer. De vez en cuando surgen dudas en nuestro interior: ¿Todo esto para qué? ¿Qué sentido tiene que haga esto o aquello? ¿A dónde quiero llegar? ¿Qué busco realmente? Son reclamos que se despiertan en nuestra alma, que anhela algo más, y con la asistencia del Espíritu Santo nos abren a grandes horizontes.

La juventud es un momento especialmente oportuno para plantearse esos interrogantes, pues esta etapa se despliega llena de posibilidades, grandes retos y decisiones que marcarán el rumbo de la existencia. Late en ella el deseo de exprimir a fondo el tiempo y de acertar con el propio proyecto de vida. Es necesario, por tanto, tener espacios y tiempos de reflexión, de maduración, de considerar lo vivido hasta el momento, para redescubrir el presente –lo que cada uno es– y proyectar el futuro.

Ninguno de nosotros está aquí por accidente; Dios nos ha puesto en esta tierra para tomar parte en algo grande, para colaborar con Él en la historia de la humanidad. Nadie le es indiferente. Para cada uno tiene un plan.

Pero esto puede dar un poco de miedo, porque implica salir

de lo inmediato y de lo que parece seguro. En su mensaje para la preparación de la Jornada Mundial de la Juventud, que tiene lugar en Panamá, el Papa Francisco decía a los jóvenes: «Os invito a mirar dentro de vosotros y “dar un nombre” a vuestros miedos. (...) Preguntaos: hoy, en mi situación concreta, ¿qué es lo que me angustia?, ¿qué es lo que más temo?, ¿por qué no tengo el valor para tomar las decisiones importantes que debo tomar?». Y luego animaba: «El miedo nunca debe tener la última palabra, sino que nos da la ocasión para realizar un acto de fe en Dios... y también en la vida. Esto significa creer en la bondad fundamental de la existencia que Dios nos ha dado, confiar en que él nos lleva a un buen final a través también de las circunstancias y vicisitudes que a menudo son misteriosas para nosotros».

Detrás de los grandes interrogantes, Dios quiere abrirnos un panorama de grandeza y de belleza, que se oculta quizás a nuestros ojos. Es necesario confiar en Él y dar un paso hacia su encuentro, y quitarnos el miedo de pensar que, si lo hacemos, perderemos muchas cosas buenas de la vida. La capacidad que tiene de sorprendernos es mucho mayor que cualquiera de nuestras expectativas.

Las propuestas de Dios para nosotros, como la que le hizo a María, no son para apagar sueños, sino para encender deseos, para hacer que nuestra vida fructifique y haga brotar muchas sonrisas y alegre muchos corazones, afirmaba también

el Papa en el video-mensaje sobre la Jornada Mundial de la Juventud, considerando el ejemplo de la Virgen María, que con su «sí» generoso a Dios, cambió para siempre el curso de la historia.

Guadalupe: un camino al Cielo en la vida cotidiana,
artículo en el diario *ABC*, España
(15-III-2019)

La sierva de Dios Guadalupe Ortiz de Landázuri será beatificada el próximo 18 de mayo en Madrid. Este acontecimiento es motivo de alegría y de esperanza, porque manifiesta, una vez más, que Dios llama a todos a vivir una vida plena junto a Él, a la santidad, y que es posible alcanzarla en las vicisitudes de la vida cotidiana.

La futura beata amaba la vida que Dios había escogido para ella; la hizo suya y fue feliz. Siendo joven, sufrió la muerte de su padre, que afrontó con serenidad y firmeza. A pesar de las dificultades, decidió continuar con sus estudios de Química y seguir una profesión que era poco frecuente en las mujeres de su tiempo; luego se dedicó a la enseñanza, donde puso en juego todas sus cualidades. Cuando conoció a san Josemaría Escrivá y descubrió que Dios la llamaba a vivir su vida cristiana según el espíritu del Opus Dei, no dudó en entregarse generosamente para seguir la invitación

a alcanzar la santidad en la vida cotidiana. Guadalupe permaneció abierta a lo que Dios le iba pidiendo en cada momento: dejar por un tiempo su profesión para retomarla más tarde, viajar a México para empezar la labor apostólica del Opus Dei en el continente americano, regresar a España y continuar con la enseñanza, comenzar a una edad avanzada la tesis doctoral.

El ejemplo de Guadalupe puede ser una luz, un impulso para afrontar como camino de santidad la vida corriente, con sus proyectos, ilusiones, desafíos, planes más o menos previstos, pero en la que hay también cambios, dificultades y problemas inesperados. Destaca en ella la actitud de amar lo que Dios nos da, de querer lo que Él quiera, de confiar y esperar en Él, y vivir plenamente el presente, como es, poniendo en manos de Dios el futuro.

Guadalupe fue una persona alegre, valiente, decidida, emprendedora, acogedora. La certeza que tenía de la cercanía de Dios, de Su amor por ella, la llenaba de sencillez y serenidad y le hacía no tener miedo de sus errores y de sus defectos, e ir siempre para adelante buscando querer en todo a Dios y a los demás. Muchas veces podemos estar tentados a dejar de aspirar a cosas grandes, a renunciar a nuestros sueños, porque palpamos nuestras limitaciones y errores. Guadalupe nos enseña que es posible soñar y llegar lejos si, a pesar de las dificultades, confiamos en Dios, en su amor por nosotros.